

EL BIOTIPO EN EL ACIERTO DE LA PERSONALIDAD (*)

No cabe concederle a esta breve disertación el esplendor académico que insumiría la enjundia del tema sobre la morfología humana, o conformación de los hombres en relación a la pertinente modalidad integral del espíritu, cuyo aspecto se ha pretendido orientar y clasificar desde diversos ángulos científicos, sea mediante el renovado acometimiento de la antropología, o por el criterio de la diversa fisiología en la balanza de las constelaciones armónicas, o con la interpretación de una u otra escuela psicológica o psiquiátrica; y así también con el verbo y la dialéctica que en todo tiempo emprendió la filosofía hacia el conocimiento del ser. Ya hubo, en su época, dentro del positivismo de Comte, la filosofía biológi-

(*) Allport, citado por Rof Carballo en su *Patología Psico Somática*, trae cincuenta significados de la palabra: personalidad. Para él, sería "la organización dinámica en un individuo de aquellos sistemas físicos químicos que determinan su singular adaptación al medio". Warren, es la organización integrada de todas las características cognitivas, afectivas, conativas y físicas de un individuo que le permiten manifestarse distinto a los demás. Lecky, es una organización de ideas que se sienten consistentes unas con otras, dispuestas alrededor de un núcleo que es el concepto que el individuo tiene de sí mismo. Jasper dice: es la manera de manifestarse las tendencias y sentimientos de un hombre, la forma como es impresionado en las situaciones en que se encuentra y cómo reacciona. Para Stern, es una única y auto suficiente unidad múltiple, cuya actividad como función intencional está dirigida a la auto conservación y al auto desarrollo. Para los fenomenólogos, no puede ser un concepto psicológico, puesto que no es posible comprenderla más que en relación con el mundo de los valores; así expresa Alois Müller: es el yo en cuanto modelador de valores y modelado a su vez por éstos. En fin, los puntos de vista son diversos: teoría de las configuraciones, empírico, estadístico, asociacionista, personalista, etc.

ca, en la que refiere la influencia del ambiente natural sobre la estructura y actividad de los seres vivientes, antecedente que nos lleva a otro aspecto y punto de vista de nuestra cuestión, es decir, a buscar el tipo en el resultado de la constitución y destino, pues el hombre realiza su desarrollo biológico en dependencia con su destino biográfico, entendido en la presión material e inmaterial del ambiente, o los ambientes mejor dicho, cósmico-geográfico, social y psíquico, a la cual Bertillon le creó su expresión genérica en la mesología. Su vastedad, entonces, no podría aprisionarse entre las cuatro puntas de un pañuelito.

En todas las épocas se ha buscado encontrar la relación de la arquitectura del cuerpo con el modo de ser, esto es, la resultante psico-somática. Tal consecuencia no ha podido inferirse de una actitud estática, sino de la manera como la persona se exterioriza frente al movimiento de los acontecimientos que lo estimulan, de la vida y de sus semejantes, hechos que ya importan un enmascaramiento, puesto que ante ellos no aparecemos tal cual somos, sino como necesitamos ser. El temperamento y el carácter no siempre fluyen acordes, aquel es la tendencia inicial innata, implícita; éste la acción explícita, exhibida, la conducta.

El temperamento con que nacemos lo acondicionamos mediante un proceso evolutivo de lenta adaptación, pero cada uno formula su personalidad diferenciándose en una distribución de tipos, los cuales no son invariables esquemas de estructuras morfológicas.

Es sobre esta morfología, que los investigadores han tratado de reunir caracteres en especies de la innúmera variedad que del hombre la naturaleza ofrece y, es así que, desde la remota concepción hipocrática de la eucrasia, que comporta la armonía de los humores; como de los temperamentos, distribuidos por Galeno, en sanguíneos, biliares, linfáticos y atrabiliares o nerviosos, hasta las doctrinas neohipoeráticas del morfofisiologismo neurovegetativo endócrino, con su vertex de la personalidad, culminación de la escuela constitucionalisti-

ca italiana y simbolizada por la gráfica pirámide de Pende, con el patrimonio hereditario por base y los aspectos morfológicos, dinámicos humorales o fisiológicos, intelectivos y morales en sus respectivas caras, después de abandonar las agrupaciones ficticias del hombre abstracto de la vieja tradición, en los cuales nadie podía reconocerse y de las que solo queda su interés histórico, han interpolado otras que reúnen mayor cantidad de datos e información, superadas por nuevos recursos de biometría y estadística. En un primer estadio se analizó el hábitus o aspecto exterior, para luego avanzar hacia las constituciones que ya involucran caracteres, no únicamente corporales y fisiológicos, sino también mentales.

Tales discriminaciones no rebasaban el interés médico y clínico, derivadas hacia los hábitos y diatesis, como la asténica y artrítica de Stiller, de propensión mórbida; o la de Virenius, que diferencia tipos según la prevalencia de tejidos, conjuntivos, epiteliales, musculares y nerviosos; la del americano Bryant, distribuida entre el carnívoro, hipertiroide, parasimpaticotónico, y el herbívoro hipofisiario robusto. Pero, los que más han contribuido a destacar el relieve corporal fueron los franceses Sigaud, Mac Auliffe y Rostan.

Sigaud, después de una primer distinción entre fuertes, atléticos, de poca sensibilidad y reactividad; y los débiles, sensibles y vivaces, que ulteriormente cambia, con el criterio de que el hombre se configura a reflejo de los medios que le rodean, por otra de cuatro grupos, nucleados por el sistema cardio-vascular, siendo el bronco-pulmonar, el gastro-intestinal, el músculo-articular y el cerebro-espinal, los que, desde luego, conceden diversas combinaciones, pertinentes a los medios atmosférico, alimenticio, físico y social o mesológicos.

Mac Auliffe, con un pensamiento más con los hechos individuales, que se modifican y evolucionan durante la curva del curso vital, predominando en cada período un sistema, entendiéndose que la infancia asume importancia respiratoria, luego en la juventud la función digestiva y en la madurez el sistema muscular, pero a los que añade condiciones inferidas por

la acción del medio y, es así que, entre los respiratorios se dan más los individuos nómades; entre los digestivos a ciertos privilegiados por residir en regiones de riqueza alimenticia; los musculares entre los que trabajan la tierra y, los cerebrales, activos del pensamiento.

Conceptúa que estas categorías pueden exhibirse de modo franco o bien diferenciada e irregular o impura por intrincaciones, a las que, además, asigna singulares características, después de distribuirlos en una primera clasificación general de angulosos y redondos. En el muscular, es aparente el desarrollo de los miembros y respectivo vigor de su sistema orgánico motriz. El respiratorio, de tronco trapezoidal y caja torácica amplia; por el contrario, el digestivo se ofrece abdominal y de mandíbula exuberante, siendo la región inferior del rostro más desarrollada, así como en ella reside la mayor mímica de expresión; en tanto que, el cerebral destaca el volumen del cráneo sobre un conjunto corporal pequeño y frágil. Se advierte que este investigador fué un devoto de las teorías de adaptación al medio, y su feliz influencia estabilizadas por la herencia, hechos que han perdido aquél valor orgánico y morfológico, imputado al entrenamiento en función a las necesidades exigibles por las condiciones del medio. Factores no tan simples y un juego determinante menos estricto, y más ilógico, concurren en las variaciones y particularidades constitucionales, desglosada la esencialidad racial y regional heredada, antropológicamente tan impura, pues más obedecen, en opinión de Viola, a la ley de errores de la naturaleza.

Después de estas formulaciones, sucesivamente los italianos De Giovanni, Viola y Barbara, comienzan a edificar la que ha de constituir ulteriormente la escuela constitucionalista italiana, mediante la relación antropométrica, esto es, la medida numérica, externa y a la vez de sus partes, relacionadas con las funciones internas correspondientes, porque todo ser organizado es un conjunto cuyos aparatos están en relación morfológica y fisiológica entre sí, y ninguno de tales elementos puede modificarse sin que así ocurra en los demás, establecién-

dose una norma más o menos invariable de correlaciones funcionales que mantiene el organismo en su entera armonía, de modo que, conocidas unas relaciones se pueden deducir las otras. Es ley de cómo se realiza el plan arquitectónico de la especie, por herencia del tipo fijado, desarrollándose en un medio al que por él debe adaptarse y aún sufrir variaciones, de cuyo resultado se obtendrá el respectivo biotipo, a quien se investiga y se clasifica por una nueva ciencia, la que se nombra biotipología.

Con las diversas proporciones de las medidas obtenidas se establecieron categorías de combinaciones, que cada autor caracteriza con su enfoque personal. Con los detalles de la estatura, braza y otras medidas parciales, se buscan relaciones y desproporciones de los índices del tórax, del abdomen superior e inferior, que sumados constituirán el índice del tronco, el que se considerará en relación a las extremidades, con el fin de ir estableciendo la prevalencia de la vida vegetativa o visceral, o la de relación o movimiento en cada individuo, aproximándonos a la diferenciación de su temperamento en este dualismo previo, fundamental, de la morfología humana.

Con esta regla de medidas y proporciones de índices y diámetros, en síntesis, se concluye por unos y otros, en un tipo medio general o normotipo; en otro longuilíneo, microesplácnico, que quiere decir vísceras pequeñas y luego hipovegetativo; en oposición al tercero, que es megaloesplácnico, o de órganos grandes, brevílíneo, hipervegetativo entonces; a los que, se suma, finalmente, otro impuro o mixto, que no ajusta a los esquemas, y que combina sus caracteres.

Semejante a la constitución megaloesplácnica son, el hábito apoplético o artrítico de los predecesores, o del tipo digestivo de Mac Auliffe, o del hábito pícnico de Kretschmer, tipo que además exhibe generalmente un cráneo corto o braquicéfalo, con un rostro redondo, en un tronco vasto, de gran capacidad visceral que excede a los miembros. Mientras que, en el microesplácnico, se advierte menor valor del tronco con respecto a las extremidades; aquél se distribuye más en ancho y

volumen que en largo, y éste es más vertical que horizontal.

Para este determinismo de característica morfológica en ancho, visceral o vegetativo y la vertical y angosta, se asigna la influencia respectiva del prevalecer, en unos y en otros, una diversa modalidad del recambio nutritivo. Como hemos expresado, la actividad de la sustancia viva se explica en dos grupos de funciones, de relación y vegetativa; una, es la propiedad de pasar de un estado de reposo a otro de actividad; otra, es un complejo de hechos de recambio bioquímico en la intimidad orgánica, al que se denomina metabolismo, mediante el que, por un lado, se asimila y utiliza el material de nutrición o anabolismo, mientras que por otro, se transforma y eliminan las substancias nocivas de desasimilación o catabolismo.

El predominio del anabolismo, junto a las funciones vegetativas, provocaría un desarrollo en ancho; en tanto que el catabolismo, junto a las funciones de relación, favorecería el crecimiento en largo, y las dos direcciones, anabólicas y catabólicas, serían sostenidas por dos diversas categorías de hormonas trofo-morfo-reguladoras, originando los dos tipos opuestos de estructura somática y temperamental.

El interés de estas referencias abstrusas de la íntima actividad de la economía, es que ellas concretan una manera racional y técnicamente fundada de la relación originaria que hay entre el fenómeno morfológico y su respectiva expresión psicológica.

En el organismo que se confiesa la función anabólica prevalente, cada órgano y luego el cerebro, tienen una actividad más lenta, pero más firme y persistente; en vez que, en el predominio catabólico existe mayor rapidez y más pronto agotamiento. Modalidad que caracterizaría dos tipos distintos, de condiciones afectivas y motrices opuestas, como que, en el grueso y lento, la constelación subsidiaria de hormonas la constituyen el páncreas, el timo, la corteza suprarrenal y la paratiroide; y en el activo y magro, la tiroide es su columna.

Por otra parte, el sistema vegetativo provee a la satisfacción de los instintos de conservación y de reproducción me-

dante el sistema vagal; mientras que, el simpático, a la lucha o de defensa-ofensa, teniendo pues cada respectiva orientación una gran importancia en el origen y el tono de las emociones, de los sentimientos y de la conducta. El bienestar y el placer estarían ligados a la función del anabolismo, es decir del vagotonismo, por la prevalencia de hormonas excito-parasimpáticas. El malestar, estaría más bien bajo la acción del catabolismo, es decir, con la prevalencia de hormonas excito-simpaticotónicas. Entiendo, que todo esto, aparecerá a los profanos como demasiado confuso, pero alcanzarán a percibir el fundamento científico que las animan, y que han constituido las bases de las clasificaciones, muy complejas, neuro-endócrinas de Pende, que sería pesado tan solo enumerar.

Kretschmer, se preocupó menos en medir que de relacionar sus tipos con aspectos mentales, a los cuales distribuyó, designándoles a unos leptosómicos, o cuerpo largo y magro, con una variedad casi mórbida, el asténico, comparable al hábito tísico o débil de Stiller. El otro tipo es el atlético, que también glosaría con el leptosómico, vertical, talla superior, de hombres cuadrados, tórax trapezoidal, esqueleto y músculos vigorosos, cráneo más bien pequeño, mandíbula recia. Su tercer ejemplar es el pícnico, ancho y espeso, con cabeza y cuello corto, tórax y abdomen grandes y grasa, particularmente al promediar la vida. Finalmente, se desprende un subnormal desarmónico, a los que llama displásicos, por trastornos endócrinos, y que no encuadra en los esquemas de los anteriores.

En tal embrollado galimatías de descripciones por tantos autores, franceses, italianos, alemanes, americanos y otros, hemos de confiarnos a los dos antípodas: el longitipo, que así nombra Pende, y también es el macrosquele de Manouvrier, el leptosomo de Kretschmer, el hiperentomorfo de Bennet, el lineal de Stokard,, el dolicomorfo de Nacarati, y sigue la homologación de otros, si bien con algunas diversidades de caracteres, y que nosotros llamaremos, vulgar y paladinamente, el flaco. Su opuesto es el brevilíneo de Pende, o apoplético, o digestivo, o megalosplácnico de Viola, o pícnico de Kretsch-

mer, o braquimorfo de Nacarati, o lateral de Stokard, al que diremos el grueso, diferencialmente expresivo con aquél, pero son denominaciones que nos permitirán entendernos.

Aquí también cabrían los grupos de Eysenk, basados en el método factorial y que, como Jung, divide en intravertidos y extravertidos, con respectivas constituciones largas y anchas. El análisis factorial, del cual es promotor Spearman, consiste en someter al cálculo una serie de pruebas, de cuya elaboración estadística se estudian las intercorrelaciones de sus resultados, respecto de la inteligencia, de la voluntad, del humor, de la emotividad, puesto que de cualquier manifestación de la personalidad derivan diferentes factores susceptibles del análisis matemático. Holzinger y Turstone, descubren cuatro factores fundamentales: un factor *C*, campo de integración central, que representa la experiencia organizada de cada individuo, de aprendizaje y adaptación. Un factor de abstracción, *A*, que concierne a la capacidad de agrupar según un criterio, creando categorías y afecta a la comprensión de la semejanza y diferencias esenciales entre las cosas. Un factor *P*, de poder o energía, que equilibra las fuerzas afectivas del individuo, permitiendo el progresivo crecimiento de *A*. Un factor direccional *D*, vector de la inteligencia a través del cual los factores anteriores son exteriorizados en una actividad específica.

Tal análisis factorial trata de independizar a la psicología de la introspección, fundándose sobre pretendidas firmes mediciones objetivas. Así se han obtenido "dimensiones de la personalidad" con el análisis factorial de cualidades como: tenacidad, persistencia, subjetividad, humor, irritabilidad, aspiraciones, tiempo personal, etc., que aplicándose a numerosos grupos de soldados se concluyó en un factor general de *neuroticismo*, esto es, personalidad mal organizada, dependiente de otros, anormalidades, así como en su ascendencia, intereses estrechos, pobre tono muscular, propensión a la dispepsia, mala adaptación y escasa sociabilidad; y en otro, que opone dos grupos de síntomas, comprendiendo uno ansiedad, depresión,

apatía, tendencias obsesivas, irritabilidad, cefaleas, temblores, hipocondrías, etc., que nombra distimias. El otro, lo constituye el cotejo de la conversión histérica. Tal método de investigación de Eysenk, desarrollado en su libro "Dimensions of Personality", como es obvio, es mucho más amplio y complejo.

Aún, podemos superar este abundamiento somato-psíquico, con la escuela de Jaensch, quien destaca la condición eidética de las imágenes en algunas personas, tránsito entre las post-sensoriales y las mnémicas, que permite continuar percibiendo con gran nitidez lo que ya desapareció del campo visual, siendo virtud frecuente del niño y de los salvajes. Pero, los hermanos Jaensch, hicieron la distinción entre ellos, designando a unos integrados, con dos formas, el sinestésico y el introvertido. El primero, está orientado hacia el mundo externo, hacia lo verdadero, al que modifica y proyecta acorde a su fantasía, sumándole los elementos filotrópicos propios, es decir, los detalles que le agradan; mientras que el integrado introvertido se introduce a un mundo de vivas representaciones subjetivas. El tipo opuesto, esto es, el desintegrado, que nunca lo es cabalmente, percibe sin influenciarse, desintegra perfectamente la descripción perceptiva de todo aporte mnémico y afectivo, su visión es clara y objetiva. Es real y trata de conectar una exacta relación causal. El otro, el integrado es un tipo a prevalencia tiroide y suelen ser delgados, de esqueleto armonioso, de ojos grandes, prominentes, con luz de brillo, y su condición se da en el pensar y sentir, siendo probable su mayor número en las regiones más calurosas y soleadas; en tanto los desintegrados, abundarían en los climas más brumosos y fríos.

Se ha creído también, encontrar una explicación de estos hechos en la sensibilidad para la visión de los colores, especialmente para el rojo y el amarillo en los integrados, y son tipos que agregan a aquellos rasgos el color negro de sus ojos y cabellos, piel morena, y una gran atracción para vivir bajo la luz del sol y preferir la tonalidad viva de los colores para

sus atuendos, sería en suma , una forma de adaptación a la fuerte irradiación del gran astro.

Mediante, entonces, el fundamento de la diversa tendencia del metabolismo de la nutrición, se definen la configuración del grueso, lento y estable, con la expresión de su mímica alrededor de la boca y la mandíbula, tronco largo, ventripotente y piernas cortas; y la del flaco o vertical, rápido, reactivo, de silueta esbelta, frágil y rostro anguloso. Dos extremos, de forma y temperamento, que fueron virtud intuitiva del gran Cervantes, quien anticipándose con asombrosa perspicacia a la experiencia biométrica y estadística científica, creó con su castizo estilo inmortal y el máximo ingenio de su facultad, las dos figuras que se repiten por todas partes y en todos los tiempos: Quijote, integrado en la fantasía de un ensueño de ideales, de invenciones inverosímiles y de generosas y locas aventuras. A este arquetipo, que es así por la perfección del esquema de su planta y de su espíritu, pues son los hombres los que a él se le parecen, dió por reverso de cuerpo y alma la ventruda forma de Sancho, objetivo y práctico, real y exacto, exacto en la percepción mental desnuda de las cosas, sin añadir ni aumentar nada que no estuviese en el área de su pupila, jamás evade de sus vísceras y de su gula de apetencias tangibles y concretas, muy diferente al cuño de su amo, el caballero manchego, embutido en la funda espigada de un instrumento físico tubular y cuya vida toda de trashumante andanza, fué con delirio de actos y pródigas metáforas.

Acompañan a esta diversa morfología pertinentes aspectos instintivos-afectivos e intelectual-volitivos, desprendiéndose de su configuración el carácter, que el psiquiatra germano Kretschmer distribuyó entre dos grupos temperamentales, deduciendo de cada uno respectivas cualidades y partiendo para sus investigaciones del examen de sus enfermos mentales, maniaco-depresivos y esquizofrénicos, tratando de descubrir una relación de hábito constitucional, para lo que remonta hasta la ulterior observación, una vez que estos pacientes han recobrado su salud y método con el que logró sus dos temperamen-

tos normales fundamentales, uno que llamó ciclotímico y, otro, esquizotímico.

Corresponde al esquizotímico el de figura enjuta, con predominio longitudinal, descarnado, hombros angostos, pecho plano, perfil angular, leptosómico; en tanto, el ciclotímico representa al pesado y grueso, ancho, miembros cortos, de cara grasa y redonda, pícnico. Tipos que, en las relaciones corporales caractereológicas normales, han venido a superponerse a la concepción de otros autores y escuelas, Viola, Buscaino, Pende, Stiller, etc.

El temperamento del flaco o esquizotímico posee caracteres en tres direcciones: insociables, reservados, enigmáticos; o tímidos, delicados, nerviosos, amantes de la naturaleza y de la lectura; o imperturbables, obtusos y torpes, es decir, tres formas, el hiperestésico: idealista, irritable, de vida interior; o el anestésico, frío, solitario, inexpugnable; y el intermedio, enérgico, sereno y aristócrata.

El grueso o pícnico, ciclotímico, es práctico, comunicativo, vivaz o tranquilo, o callado y pesimista en la alternante proporción de su humor, que pasa desde los extremos de la alegría a la tristeza; tiene tendencia a tomar las situaciones de la vida con matices optimistas; es sintónico y cordial en el medio que vive, con su espíritu siempre proyectado hacia los que le rodean, extraverso, cálidamente propicio al vínculo y a la amistad. Irregular y lento para el trabajo, que escoge siempre liviano, si bien es más resistente para la fatiga; es mentalmente de buena capacidad de comprensión y en la asociación de las ideas, pero el juicio es mutable y disperso; su registro afectivo resuena débilmente y se desplaza sin arraigo y, a los estímulos de excitación, es posible que reaccione por estallido. Si es culto, muestra en la producción su experiencia personal, descriptivo, realista y fácil vulgarizador, inteligible y empírico, con desaliño y sin estilo si escribe; se detiene cuando se enfrenta fuera de la verdad objetivable y evidente, no es especulativo; y si es político no se embarca en utopías, trata de aprovechar situaciones, siendo el invariable intermedia-

rio, con su bonhomía de conciliación. En fin, hace la vida amable con la diafinidad de su ánimo humorista y gozador.

Distintamente, el flaco se oculta bajo la cáscara de su actitud hierática, es áspero, y si aquél no vive sin el estímulo de los otros, éste lleva su espíritu hacia su mundo interior, a la reflexión interna, introverso, autista, es asintónico del medio, pierde contacto con la realidad. Cuando produce no expresa su propia experiencia, se sumerge en una profundidad conceptual; luego no es positivo y escapa de la extensión de la superficie, es lírico en el arte, es abstracto en la ciencia, es especulativo y metafísico en la filosofía. Así, los grandes reformadores idealistas de la sociedad fueron de tal sesgo. Difícil para su penetración, estilizado y orfebre del idioma. En relación al tiempo es rápido, irregular para el trabajo, intensamente impresionable, con mayor resonancia afectiva, que mantiene prolongadamente, si bien estalla menos es porque inhibe mejor. Su mentalidad es de mayor penetración ya que su atención es de menor cantidad, menos extensa pero más analítica y su perseveración es mayor. Demás está agregar que a esta presentación de excelente mentalismo para ambos tipos, es una perogrullada advertir que los hay también mediocres y estúpidos, así como existe imbricación infinita de sus caracteres.

Cabe, una breve referencia de este aspecto morfológico en la criminalidad, que fué la intransigente y tenaz creación como propia exégesis lombrosiana, valiéndole por ello la exageración y los errores, pero qué idea se abre camino sino en la mente y la acción de una personalidad fanática y, si bien adoleció de todos los defectos explicables de conocimientos que recién empezaban a constituir un cuerpo de doctrina, tuvo el mérito de haber demostrado la importancia de algunas condiciones antropológicas de los delincuentes, para reclamar necesarias reformas de la represión. Debemos convenir, que ulteriormente, la antropología criminal italiana abandonó ese tipo físico del criminal, que fué más adopción de juristas.

La inmadurez funcional, la persistencia de una menor di-

ferenciación estructural y morfológica de retardo evolutivo, dan la razón de un modo particular de reacción a los estímulos comunes y común exigencia de la vida, bajo forma de menor resistencia física con inferiorización psíquica. Y así como existen constituciones linfáticas, raquílicas, neuropáticas, que bajo algunas condiciones de higiene, dietéticas o infecciosas, favorecen la correspondiente enfermedad, expresa Di Tullio, existe también una constitución anormal que es la que desarrolla, bajo la influencia de otros factores, la tendencia y la aptitud para las diversas expresiones de la criminalidad.

Sin duda, desde los primeros fisonomistas, que se encontraron entre los padres de la Iglesia; San Ambrosio, de que la mente se conocía en el acto del cuerpo; San Gerónimo, en que la cara era el espejo del alma; Santo Tomás, que los órganos corporales demuestran los sentimientos y el fraile Eximenos, afirmando que las cualidades morales se descubrían de los caracteres antropomórficos; desde la metoposcopia, estudiando los rasgos emotivo-psicológicos por la forma de cuartearse los pliegues del rostro; la mano (*), el ombligo, la pupila; desde los frenólogos, con su pseudo-ciencia de las facultades mediante el examen del cráneo, partiendo de la hipótesis de que cada disposición anímica tiene su asiento en un distinto lugar de la corteza encefálica, por lo cual el examen prolijo del cráneo permitía conocer el carácter preciso de los individuos, hasta las clasificaciones científicas actuales de la personalidad, con el aporte del mayor número de elementos fundamentales, con que se formulan tipos en una abigarrada es-

(*) Klages, ha exhumado la formulación grafológica, pretendiendo un fundamento más científico de signos y caracteres interpretados en cualidades, siempre un tanto empírico y parapsicológico. Considera como Bergson, que el animal se orienta seguro y preciso con su saber inmediato instintivo-intuitivo, sin conciencia, por una suerte de "conexión vital magnética". Nuestra conciencia destruye esta correspondencia mágica con el mundo que nos rodea, enfrentándole y creando un abismo entre ambos, siendo entonces negador y destructor de la vida todo querer y hacer". Es natural que, pese a nuestra ulterior telenfalización, no hayamos abrogado el tálamo, poseyendo con todo, también aquella sabiduría instintiva.

cala donde, al cabo, ningún hombre encaja, puesto que es una unidad de complejísima integración, no aditiva de esta o aquella virtud humoral, afectiva, mental o física, de tales o aquellas variaciones y correlaciones de sus rasgos. No creo que esta ciencia haya avanzado más allá de una zona liminar, quizá alcanzó el umbral en el esbozo de una tónica del temperamento en su modalidad de expresión; en la mayor o menor sensibilidad a los estímulos; en la diatesis afectiva referida a la movilización del ánimo, desde la alegría a la tristeza; en la celeridad o lentitud del psiquismo como en la exteriorización de sus movimientos; pero, esto es solo una débil luz en la tiniebla abismal del hombre, para pretender la conquista de la tierra prometida con la herramienta de un metro, un compás y la salsa presuntuosa de cierta perspicacia en la disciplina clínica, ubicando a cada uno en la celda cerrada del tipo pre-assignado.

Hay algo de metafísico en el ser humano, cuya averiguación ensambla necesariamente con la filosofía, que rebasa la misma psicología y excede los límites de la clínica, con la primacía de lo físico y su quimismo biológico. Malgrado, la conclusión de una síntesis en la encuesta para la aclaración de un tipo, es al fin la consecuencia de un análisis naturalista que determina el resultado de un conjunto de partes, cuando en vez, es el todo que impone a las partes en la unidad de una melodía. Quizá, fuere más eficaz la intuición de un caudillo semblanteador empírico y subjetivo del alma humana. El conocerse a sí mismo, en la propia e íntima vivencia, es sentirse y muy distinto al conocimiento sensorial de los objetos y cosas, en una fría relación de causalidad, pero, cosa, objeto de examen, es cada uno ante la avizora exploración del científico.

Es hacia un estudio vitalista, más allá que reunir materiales, la más nueva corriente de formas y estructuras, cada vez más impuesta a la psicología individual. El niño y el joven, el primitivo y el de la actual civilidad, el analfabeto y el ilustrado, el consciente y el no, todos poseen diversa estructu-

ra de los contenidos de conciencia, en las disposiciones y hasta en el tipo de la personalidad.

No es el hombre, ni aún individualizado, una fórmula de partes, magüer se abstraiga de ellas la unidad, puesto que su resultado en actos es producto caviloso de su plan de ida en la perspectiva de un destino. Es pues, mucho de filosófico obtener la determinación aproximadamente precisa de su contenido, con el cual se presagie la posibilidad de la conducta. Constituye entonces, la pertinente teorización de sus dimensiones, una antropología filosófica, que sin significar el reverso de su historia natural, de recapitulación evolucionista, ha de asignarle, en su minúscula resistencia a la enorme gravitación del cosmo, un pensamiento y una voluntad al servicio de este pensamiento, con el cual se ha concedido el mérito del espíritu para el goce de valores, que son algo más que el alcance ponderable de la materia, en un determinismo de causalidades constantes.

OSCAR B. RUBINO

